

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Curiosidades: LA FOTOGRAFÍA MÁS GRANDE DEL MUNDO.—EL ÁGUILA (conclusión).—Biografía y retrato de QUEVEDO.—PÁGINA MUSICAL.—Segundo de los cuentos del concurso.—Historietas.—Pasatiempos.—Y la continuación de las interesantes

AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSO

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia á D. Estanislao Maestre

Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero MADRID

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)

..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, sellos que no excedan de una peseta, Sobre monedero ó metálico.

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de 50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



JUANITO PALÁ (de seis años y medio)

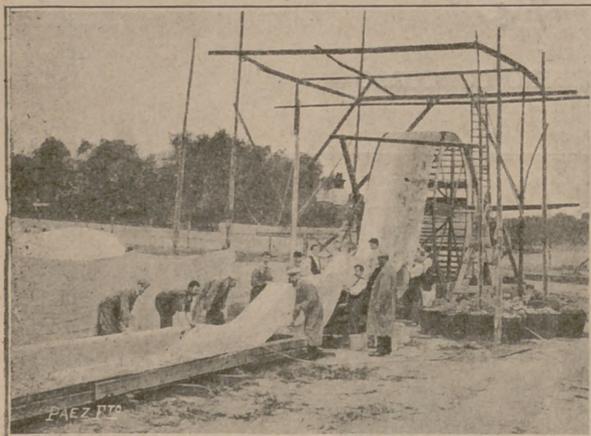
Habitante en Barbastro, calle de Mopzón, 39. Alumno de las Escuelas Pías

(14 de las fotografías admitidas.)

CURIOSIDADES

La fotografía más grande del mundo

ENTRE las diversas curiosidades presentadas en la Exposición de San Luis (Estados Unidos), hay una que merece ser conocida. Se trata de una fotografía que mide la friolera de 18 metros cuadrados. ¡Una especie de dige, como quien dice, para la cadena del reloj!



Sin embargo, para obtener esta fotografía no ha sido preciso un aparato gigantesco, ni aun siquiera uno panorámico; una sencilla máquina de 13×18 , con la que se han obtenido seis clichés que abarcan el conjunto del panorama, ha sido suficiente.

Esta colosal fotografía representa la bahía de Nápoles, con la campiña, los caseríos y el Vesuvio, coronado por su penacho de humo. ¿Cómo se obtuvo esta fo-

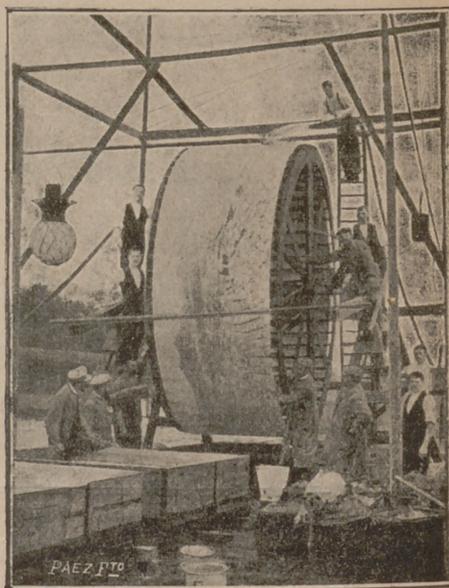
tografía? En medio del campo y en la oscuridad de la noche colocaron sobre un aparato

construido á propósito una tira larga de papel sensible, y enfrente un ampliador, en el cual fueron introduciendo sucesivamente los clichés. Uno después de otro cada cliché pasó en el momento oportuno ante la luz de un arco eléctrico, proyectando su tamaño á 2 metros de largo por 1,50 de alto, sobre la tira de papel sensible, previamente enrollada en una especie de bobina, que funcionaba á semejanza de esos metros encerrados en una caja metálica que se enrolla por medio de una diminuta manivela. Pero aquí la manivela era una gruesa cabría, y fueron precisas las fuerzas de seis hombres para manejar el aparato en la media hora que duró la operación, realizada con éxito satisfactorio.

Una vez terminadas las ampliaciones sucesivas, fué cuidadosamente envuelta la tira de papel en otro negro y muy grueso, á fin de evitar que fuese impresionada por la luz diurna.

Preguntaréis cómo se hicieron las operaciones siguientes. Voy á decíroslo. El revelador

ocupaba un tonel, cuya cabida era de 150 litros, y la cubeta tenía la friolera de 10 metros



de largo. Todas las operaciones necesarias para el revelado se hicieron de noche, y cuando ya fijada la imagen pudo afrontar la luz, un grito de júbilo escapóse de la garganta de aquellos catorce hombres que habían puesto su alma entera en el resultado de la operación.

Ha realizado este maravilloso *tour de force* la casa alemana *Neue photographische Gesellschaft* (Nueva Sociedad Fotográfica).

Los retocadores, que tienen que hacer esta operación á fuerza de paciencia y con graves daños para el órgano visual, pudieron retocar esta *miniatura* con gran facilidad y empleando los pinceles que usan los pintores para pintar sus cuadros.

Aún no se ha calculado el coste de esta fotografía; pero entre aparatos, materiales y mano de obra se cree que no bajará de 20.000 marcos.

No están esta clase de trabajos al alcance de nuestros lectores; pero bueno es que los conozcan y que los tengan presentes, sin que esto sea un motivo para que arrinconen sus pequeñas máquinas; pues aunque algunos piensen lo contrario, siempre es más agradable ver á un niño con su instantánea en «orden de batalla», que matando con el tirador los inocentes pajarillos que alegran la floresta con sus gorgeos, y en lugar de causar daño son auxiliares del agricultor.

Y ya habéis visto que una máquina no muy grande y un poderoso ingenio fueron bastantes á producir la fotografía que tanto han admirado los concurrentes á la Exposición.

(Fotografías de los Sres. Flischert y Reischard, de Berlín.)

RAMÓN JIMÉNEZ.



NUESTRO TRIUNFO

HACE muy poco, la Prensa, esa «palanca que mueve la opinión», no se ocupaba para nada de nosotros, los pequeñuelos; tal vez nos consideraba incapaces de tener un periódico, y mucho menos de sostenerle.

Desde que empezó á publicarse Rosa y AZUL, que yo no sé si marchará bien ó mal, pero ya ha lanzado á la calle 27 números, y con aumento de cuatro páginas el último, todos han reservado un lugar para los pequeños de quienes antes no se acordaban. Démosles gracias.

¿Qué quiere decir esto? A nuestra edad solemos decir con sinceridad lo que senti-

mos, porque aún no conocemos las conveniencias sociales; y sucede á lo mejor que, por decir una verdad sinceramente, cometemos una inconveniencia. Séalo ó no, yo creo que esa atención que la Prensa nos dedica, ese afán de publicar secciones infantiles, constituye un triunfo para nosotros; y no hay que decir á quién se le debemos, porque en el ánimo de todos está.

Y como hemos de ser agradecidos, puesto que esta cualidad no está reñida con la infancia, es nuestra obligación querer más cada día á quien, conociéndonos como nadie, supo darnos nuestro justo valor y proporcionarnos este triunfo que debe enorgullecernos, aunque esto sea incurrir en defecto censurable.

CARMEN SOLER DE VARGAS.

Cuentos del concurso

MALDAD, CON MALDAD SE PAGA

UNA hermosa mañana de verano le entraron ganas á doña Mosca de tomar el fresco con su familia, dándose un paseo para estirar las alas; y pensado y hecho. Sin necesidad de asear á sus pequeñuelos, porque lo estaban ya, partió, llevándoles en pos de sí y sirviéndoles de guía.

Dirigieron su vuelo por una frondosa alameda, y se posaron, ya bien entrado el día, en un banco de unos preciosos jardines públicos que daban remate á la alameda. Estando descansando, tomaron asiento en un mismo banco unos esbeltos cínifes, que saludaron corteses á la mosquil familia, departiendo todos amigablemente.

Más tarde, y cuando su animación iba en aumento, suspendieron la charla repentinamente. ¿Cuál era la causa de su profundo cuanto inusitado silencio? ¿Quién lo motivaba? Pues la llegada de un D. Abejón corpulento, que, zumbando sordamente y sin saludar, dijo:

—Bien se ve que está la panza llena, pues tenéis gana de bullicio y conversación. Si estuviérais como yo, desde ayer, dando vueltas sin encontrar nada que aplaque la desesperada hambre que tengo, ¡ya sería otra cosa!

Los cínifes se echaron á reír, y le contestaron:

—¡Cómo engañan las apariencias, D. Abejón! Aunque charlamos, en las mismas condiciones estamos que usted; con que no nos sermonee, y consuélase con esto.

—Me extraña ¡vive el aire! que lo disimuléis, porque es una cosa insufrible; pero mejor para vosotros. Yo soy de otro modo de ser, y digo lo que siento. Quien no debe estar en nuestro caso debe ser doña Mosca é hijos, pues siguen de broma, ¿no es verdad?—dijo dirigiéndose á aquélla.

Doña Mosca, por toda contestación, alargó su trompa todo lo que pudo y dió un bostezo que no daba lugar á dudas: tenía hambre; y sus pequeñuelos, imitándola, cerraron tan lacónica respuesta.

—Estos fingen más—gruñó D. Abejón—, ¡quién lo creyera!

—Puesto que todos estamos, señores, en idéntica situación, les invito á un banquete, modesto sí, pero ofrecido con mi más buena voluntad. Si aceptan, síganme—objetó doña Mosca, y empezó á volar.

Nadie la replicó palabra; pero en el banco no quedó ninguno.

Por el camino se iban los convidados haciendo lenguas de la generosidad de su amiga, y se preguntaban cómo se las compondría; pero cesaron sus comentarios al penetrar en una vaquería instalada en rústico pabellón inmediato á los jardines.

Allí una señorita elegantísima iba á tomar una enorme copa llena de magnífica leche. Doña Mosca, á una seña que hizo á los invitados, se dejó caer dentro de la copa, y empezó á chupar, nadando rápidamente. La elegante, al verla, dió un grito y empezó á hacer ridículos gestos de repugnancia.

Los comensales mientras se aprovecharon del líquido cuanto pudieron; satisfechos todos, los hijos ayudaron á doña Mosca á salir del baño, pues se puso algo torpe, y poco después se reunieron en los jardines otra vez.

En ellos había una hermosa plazoleta y en su centro un estanque. Alrededor de la plazoleta, aunque distanciados, había también varios grupos de personas ocupando sus respectivos asientos. En uno que estaba vacío se pararon nuestros insectos, en unión de una mariposa de brillantes colores y caprichosos dibujos, que simpatizó con ellos.

Doña Mosca, con el triunfo conseguido y los elogios recibidos por la feliz ocurrencia del convite, estaba tan hueca y vanidosa que no cabía en sí. Pues señor, que por distraer-

se, y porque vieran en ella nuevas ocurrencias, propuso á sus amigos el hacer cada uno de por sí una diabólica jugarreta con los personajes que ocupaban los demás asientos. Todos aceptaron su idea, y echaron suertes á ver á quién tocaba empezar, y fué á la mariposa; ¿qué es lo que iba á hacer?

Por un paseo que daba á la plazoleta venía un señor excesivamente obeso, corto de vista y muy serio. De pronto echa á correr cuanto su crasitud se lo permite y empieza á dar mandobles y como si quisiera atrapar algo en el aire con su sombrero; va, viene, y queriendo dar saltos sólo da trapiés, con tan mala fortuna, que vino su mole al suelo, donde, mostrando su reluciente calva, hizo una figura tan original é inesperada, que una explosión de risa le acompañó en su caída. ¿Y quién fué la causante de ella? La mariposa con sus burlas. ¿Hizo bien? No; no se quedará sin castigo.

Luego le correspondió hacer su *hazaña* á D. Abejón. ¿Qué hizo? Vamos á verlo.

En un asiento había dos señoras, anciana la una y joven la otra, y á su lado un caballere, con el correspondiente bastón; todos tan tranquilos. De improviso se levanta el del bastón y con él comienza á cruzar el espacio con furia alrededor de la señorita. Esta, asustada, grita creyendo al joven loco. La de edad se incorpora para pedir socorro, y recibe una nube de bastonazos equivocados.

El alboroto es mayúsculo: llega un guardia, que se abalanza á sujetar al joven; pero éste, desatentado, echa á correr y arrastra al guardia y los dos caen en el estanque abrazados fuertemente, salpicando de agua á los espectadores, que, horrorizados, gritan aumentando la confusión. Don Abejón fué el causante de todo, pues se empeñó en clavar el aguijón al joven, persiguiéndole con saña y zumbando terrible y amenazador.

De la catástrofe huyeron, reventando de risa, sus organizadores. Los cínifes la em-

prendieron de paso, con el acompañante de unas señoritas, excesivamente delgado de rostro, al cual se le dilataron las narices de tal modo con sus picaduras, que aquéllas, al ver tan repentina gordura y los gestos de enojo que hacía, no pudieron contener sus risotadas, con gran bochorno del paciente.

Esta fué otra maldad de los cínifes; pero todos recibieron el merecido castigo á tan perversas ideas como las que tuvieron.

Doña Mosca y sus hijos, por ser gólosos (otra falta grave), cayeron en un mosquero y las ahogaron despiadadamente.

La mariposa fué cogida por un niño, que inconscientemente la despojó de sus hermosos colores, evitando que en adelante tentara la afición de ningún entomólogo serio, gordo ni flaco.

Los cínifes, ¡ah!, estos señores fueron convertidos, en virtud de un soberbio cachete, en una leve sombra que adornó un iracundo y encendido rostro.

Y el perverso D. Abejón, el más cruel de todos sus amigos, perdió el conocimiento de un certero sombrillazo.

Lema: «CON ALAS, SE VUELA;
SIN ELLAS, ¡NOVELA!»

(Segundo de los admitidos.)

Miscelánea

- Tu padre tiene varios hijos, ¿eh?
- Sí, señor.
- ¿Hay alguno entre esos que no sea hermano tuyo?
- Sí, señor.
- ¿Cuál?
- Mi hermana.

VICENTE MAS COLL.

PENSAMIENTOS

El que tiene salud no la conoce, y para conocerla es necesario enfermar.

Á los hombres no los debemos mirar por la hermosura del cuerpo, sino por la del alma.

EL HIJO ABANDONADO

I

LA tarde había cedido su vez á la noche.

La nieve comenzaba á descender pausada y sordamente de entre las espesas nieblas que acompañaban el firmamento; el viento silbaba, rugía, retronaba con una violencia sin igual rompiéndose contra los árboles, cuyas ramas producían un ruido lúgubre.

El día apagaba su postre luz entre las sombras del Occidente, cuando los honrados montañeses de Toledo comenzaban á recogerse en sus humildes cabañas á causa de la tempestad, para no salir de ellas hasta el día siguiente.

Toledo se encontraba en el más profundo silencio.

Amalia, con los pies desnudos y un cántaro de leche en la cabeza, subía lentamente por uno de los senderos que conducían á la cima de una colina, sobre la cual, entre grupos de árboles, se destacaba su humilde cabaña, donde habitaba.

Soplaba sordamente el viento, agitando y arrancando las secas hojas que quedaban en los árboles, y abundantes copos de nieve azotaban el rostro de la montañesa, que continuaba sin temeridad su marcha sin preocuparse de la borrasca.

De pronto pareció á Amalia percibir algo así como un gemido.

Se detuvo sobresaltada y prestó atención á fin de convencerse si realmente era voz

humana la que lanzó el gemido ó si era el silbido del viento.

Pero el gemido volvió á repetirse, si bien algo más débil, y ya no pudo dudar que lo había lanzado un ser humano.

—Sin duda—dijo—hay por aquí alguna persona que se encuentra en peligro... Es menester ayudarla.

Y Amalia dejó en el suelo el cántaro que llevaba en la cabeza, y se dirigió al sitio de donde la parecía que salían los gemidos.

Era muy escasa la claridad y peligroso andar por terreno tan quebrado.

Pero la montañesa no se detuvo por esto; siguió andando en aquella dirección, aproximándose al borde de uno de los barrancos que formaban las deformidades de aquel terreno, y agarrándose á los secos troncos de algunos árboles que brotaban entre las rocas, sirviéndole de apoyo las salientes del mismo peñasco. Una vez allí pudo distinguir, después de permanecer suspensa é indecisa, una criatura recién nacida, envuelta en una manta, que llevaba en el cuello un escapulario de la Concepción. Entre la manta había un papel escrito con lápiz, que decía: «Este pobre niño no tiene madre, y su padre, no teniendo con qué mantenerle, le confía á la caridad del que lo coja». Todo lo guardó Amalia para entregárselo cuando aquel niño fuese un hombre.

—Pero, Dios mío, ¿es verdad lo que veo?—dijo Amalia—. ¿Puede haber padres que abandonen á sus hijos?

LAMENTACIÓN DE UN COJO



¡Nada! ¡Ni un céntimo! Está visto que tengo mala pata.

Cogió en sus brazos al niño, que tiritaba de frío, estrechándole contra su seno, y salió del barranco dirigiéndose á su cabaña.

—Dios sabe—volvió á replicar la montañesa—las horas que este pobre angelito llevará sin mamar.

Y con él en brazos se fué á la cocina, donde le dió abundante leche, de la que momentos antes llevaba en la cántara. El niño bebió con avaricia el líquido que le acercaban á los labios, y sus hermosos ojos se fijaron en el bondadoso semblante de su bienhechora. Le acostó cuidadosamente en su cama. El niño, rebujado en la manta, dormía con ese sueño tan peculiar á su edad que debe ser el de los ángeles en el cielo.

La débil luz de un candel alumbraba de lleno su rostro.

II

Tres días después de los acontecimientos referidos, el niño estaba limpio del pecado original: se llamaba José María. Era la delicia de la montañesa, que, hallándose viuda, sin hijos y habiendo fallecido sus padres, no tenía á quién dirigir sus afecciones.

Al cumplir José María el tercer año, sus juveniles labios comenzaban á balbucear el nombre de su protectora.

Muchas veces bendijo Amalia á la sabia Providencia por haberla proporcionado de manera tan extraordinaria aquella criatura que tanto amaba.

Los días se sucedían unos á otros; José María cumplió ocho años.

El niño se encontraba tan crecido y ro-

busto que aparentaba más edad de la que tenía.

José María se consideraba sumamente feliz, no poseyendo otra cosa en el mundo que su madre adoptiva. El trabajo, la oracion y algunos juegos inocentes eran su ocupación. Jamás se quejaba de su condición, y aun cuando su alimento consistía en un pedazo

de pan negro y gachas de harina ó de leche, no ambicionaba otra cosa, pidiendo únicamente á Dios que conservase muchos años la vida de su piadosa bienhechora, de cuyo lado no quería apartarse.

De este modo llegó á cumplir quince años.

III

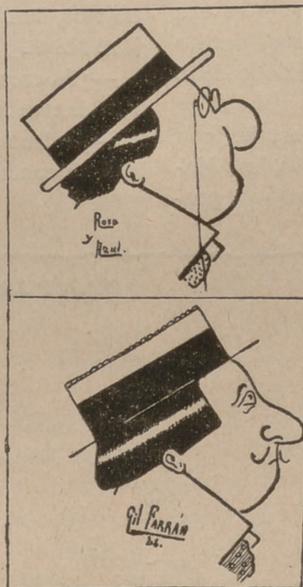
A través de los montes toledanos caminaba un pobre hombre con el cuerpo abrumado de fatiga, la más profunda tristeza en el alma, la miseria retratada en su andrajosa ropa, los pies hinchados por el cansancio y el rostro curtido por los rigores de la canícula.

Llamó á la puerta de una cabaña y no le respondieron; siguió andando lentamente el mendigo, encorvado por el cansancio más que por los años. Después de caminar un poco se halló en la puerta de la cabaña de Amalia, fuera de la cual se movía, agitada por el aire, la cuerda de una campana. El hombre tiró de ella, y los tañidos del sonoro bronce avisaron al muchacho.

—¡Ave María!—dijo el caminante descubriéndose la cabeza.

—*Gratia plena*—respondió José María.—¿Qué se le ofrece, hermano?

TIPOS QUE SE VEN



Dibujo del niño Gil Farrán.

—Pedir por amor de Dios una limosna.

—Buen hombre—le dijo José María al mismo tiempo que le daba un pedazo de pan—, ¿no tiene usted familia?

Después de darle las gracias, contestó:

—No sé si vivirá mi hijo, á quien abandoné por no tener con qué alimentarle — palabras que pronunció entre sollozos y con desconsuelo; y añadió: — Su madre, al darle á luz, murió del parto. Entonces le abandoné muy cerca de estos lugares, envuelto en una manta, entre la que puse un papel escrito con lápiz y en su cuello un escapulario de la Concepción.

—¿Un escapulario? ¿Un papel escrito con lápiz?—preguntó con precipitación José María—. ¡Dios mío! ¿Será mi padre?—se preguntaba á sí mismo.

Y luego, levantando la voz, dijo:

—Yo soy huérfano y tengo esos objetos que usted dice. ¿No podría ser yo acaso su hijo?

—¿Y tú conservas esa carta..., ese escapulario?...

—Mi bienhechora los conserva.

Amalia, saliendo de su habitación y enterada de lo expuesto, lo mostró.

Aquel hombre, apenas fijó la vista en tales objetos, lanzó un grito y se precipitó sobre José María.

—¡Tú eres mi hijo! ¡Gracias, Dios mío!... Perdóname lo que hice contigo.

—¡Padre mío! Estás perdonado.

Y se confundieron en estrecho abrazo.

ANGEL GARCÍA MARTÍN.

MINÚSCULAS

Por su hijo, ante una tumba, á una madre oí llorar, y aún en mis oídos zumba su modo de sollozar.

Aquel que guarda recuerdo de ofensas que perdonó, no crea que al perdonar de magnánimo ejercicio.

Todo aquel que no sea necio, al que le adule ó calumnie debe mirar con desprecio.

Todo el que ansie fortuna trabajará doce horas para gastar sólo una.

Haces burla despiadado de cualquiera tonto ó necio, con lo que queda probado que sin de ello hacer aprecio á su igual te has colocado.

Esta inmodestia, de hijo, es necio á quien no le cuadre, el oír decir á un hijo no hay madre como mi madre.

No tomes nunca venganza de los que tu honor deprimen, que sólo en Dios es justicia lo que es en los hombres crimen.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ.

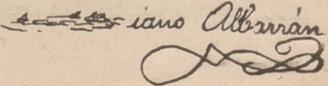
CARTAS ILUSTRADAS

Palencia  de 

Querido  endo: He dicho en tu  que  usado en  X. haberte caído del  de tu  años y te  desbordado  lo que siento mucho.

Cuando te vijo  si no te sirve de molestia di a mi her  título me mande la  la  y la  del 

Sin + X ahora recibe un a  de tu amor que te quiere de todo 

 Albarrán

—A era un arquero que mataba una rana — gruñó el chico mirando al azucarero que estaba fuera del alcance de su mano.

—¿Qué tal, mi querido esposo?

—Y así diría todas las letras—dijo Sara ayudando á su señora.

—Las sabe muy bien ¿verdad, Juanito?

—No; no las sé.

—Sí que las sabes, niño. Ayer me dijiste la *b*; ¿te acuerdas?

—Sí.

—Pues conoces las letras y eres obediente, dínos cuál es la *b*.

—Ea, ¿queréis dejarme en paz? ¡Dadme más azúcar!

Y se tendió sobre la mesa para llegar al azucarero, impaciente por no tener ya en la mano el terrón pedido; pero lo hizo con tan mala suerte, que no dejó encima títere con cabeza: rompió vasos, tazas... y dejó caer sobre las piernas del Sr. Nicodemus la tetera que acababan de traer.

¡Pobre señor! Ante la quemadura perdió los estribos de su filosofía y arrimó al travieso muchacho una soberana azotaina.

En vano clamó la madre alegando la igualdad de derechos tan defendida por el Sr. Franco; el chico recibió su merecido; y tal vez el castigo hubiese sido superior al delito sin la oportuna llegada del doctor, que al ver la excitación del padre quedóse parado contemplándole en silencio. Había prometido ir al té para ayudar al Sr. Franco si por desgracia no podía convencer á su mujer; pero al ver la argumentación contundente que estaba empleando, pensó retirarse, convencido de que nada tenía que hacer allí.

Pero como no es cosa corriente que un médico llegue á una casa sin tener alguien á quien prestar sus conocimientos, la

mamá de Juanito tuvo á bien desmayarse ante la energía de Nicodemus. Tomóla el doctor en sus brazos y la colocó en un diván, en tanto que los criados recogían los restos de los cacharros que rompió el muchacho, el cual fué llevado á su cuarto, no sin prodigar buen número de patadas, mordiscos y otros cariños á quienes le conducían.

Apenas el rapaz desapareció de la habitación, el Sr. Franco, aplanado por aquel derroche de ferocidad, dejóse caer en una butaca y comenzó á quejarse de los nervios, de los riñones, de la cabeza, de todo el cuerpo. Estaba molido.

El doctor no sabía á quién acudir, porque la señora continuaba desmayada.

Y el Sr. Franco se quejaba más, y pataleaba, y contraía los músculos faciales como si anunciase la proximidad de un ataque.

Aquí fueron los apuros del buen doctor: Nicodemus necesitaba la asistencia facultativa; pero ¿cómo prestársela sin abandonar á la señora, faltando, pues, á una de las más elementales reglas de la galantería? Aprovechando un momento en que la señora pareció tranquilizarse, intentó acudir junto á su marido; pero la paciente, como protestando de aquel abandono, volvió á las andadas, sacudiendo á diestro y siniestro fuertes patadas y puñetazos. Uno de éstos alcanzó en la nariz al médico, y poco faltó para que él también necesitase asistencia facultativa. Al fin pudo tirar de la campanilla y hacer que los criados se llevasen á la señora. Aquello pasaría, y él podría acudir al Sr. Franco, que cada vez se quejaba con más grandes gritos.

Reconocióle el médico y recetó una medicina por recetar algo; pues bien se le alcanzaba que aquellos gritos, aquellos pataleos y aquel quejarse, no eran otra

cosa que el reconcomio de que el doctor hubiese presenciado la azotaina; y queriendo medicar el alma al par que el cuerpo, dijo así:

—Mi querido Sr. Nicodemus: siento que le haya ocurrido este levísimo é insignificante incidente, debido á la indulgencia de su señora y á la energía de usted; pero observo con gran satisfacción, con grandísima satisfacción, Sr. Nicodemus, que ha cumplido usted los deberes de padre según los recomienda la Sagrada Escritura. Dice Salomón que pervierte al niño quien le escatima las correcciones; lo cual viene á indicar bien claramente cuáles son los deberes del padre, sin que al imponer el correctivo infrinja todos esos derechos que tanto pregonaba usted hace poco. Al escuchar estas palabras dichas consupuquillo de zumba, el Sr. Franco, que habíase repuesto á medida que el doctor hablaba, volvió á quejarse. Comprendiólo el doctor, y enmendó la plana en esta forma:

—Lo que ha hecho con Juanito está muy bien hecho y en perfecto acuerdo con sus teorías filosóficas.

—Así lo creo, Sr. Midleton—observó el Sr. Nicodemus, satisfecho al encontrarse deshecho el nudo. Estoy dispuesto á que mañana mismo vaya á la escuela.

—Eso más tendrá que agradecer á su madre.

—Justamente. Pero, amigo Midleton, noto que me escuece mucho la pierna.

—Sígase lavando la quemadura con agua y vinagre hasta que le envíe una loción que le quitará el dolor en seguida. Mañana volveré. Voy á visitar un enfermo en casa del Sr. Bonnycastle, y si hay plaza vacante me llevaré al niño.

—Me hará usted un favor.

—Veré cómo sigue la señora, y mañana vendré á las diez. Buenas noches.

—Que usted descanse, doctor.

Aún le faltaba al doctor ganar la batalla con la señora, y lo consiguió hablándola de la excitación de su esposo, de su cólera, y dejándola traslucir que un nuevo ataque pudiera ser funesto.

Al día siguiente por la mañana fuese en busca del niño, y sin más dificultades que el llanto de la mamá, las quejas de Sara y una puerta vidriera hecha pedazos de resultas de una patada del pequeño filósofo, logró meterle en el coche y conducirle á la escuela del Sr. Bonnycastle.

CAPÍTULO IV

JUAN ENTRA EN UNA ESCUELA EN DONDE NO HAY AZOTES

Mientras salía el Sr. Bonnycastle, el doctor se puso á hojear los periódicos colocados en la mesa del sillón de espera, y Juanito, dando pruebas de su esmerada educación, sentóse en una silla que recostó en la pared, cruzó una pierna sobre otra y aguardó.

No se hizo esperar el profesor. Presentóse con su cara de plácida benevolencia, su angélica sonrisa y su elegante traje de casa. Hombre de profunda ilustración, gozaba de gran fama, y sus discípulos se habían distinguido en el Senado y en los destinos públicos. Tenía á la sazón unos cien alumnos á su cargo.

Al verle dirigióse á él el doctor y estrechó su mano. Después volvióse adonde estaba el niño, y mostrándole su postura, le dijo:

—Mire usted eso.

Sonrióse el profesor y contestó:

—No diré que los tengo peores; pero sí puedo afirmar que los hay tan malos en la escuela. Le aplicaremos la antorcha de Prometeo, y pronto daremos vida á esa

informe masa. Siéntese usted, amigo Midleton.

—Pero dígame, Sr. Bonnycastle, ¿cómo se arreglará usted para domar este potro sin recurrir á los azotes?

—No estoy por ese castigo ni hago uso de él. Recuerdo que en mis tiempos estuve en el colegio de Harrow, y era tan travieso, que fui azotado como otros muchos. Sin embargo, los azotes no me producían frío ni calor. En seguida me acostumbé á ellos; el dolor se pasaba pronto, y no dejaba nada tras sí para refrescar la memoria.

—Yo creía lo contrario.

—Mi querido Midleton, más efecto me produce un golpe de puntero que veinte azotes; éstos se olvidan pronto, mientras que los punterazos dejan recuerdo.

—Creía que era usted excesivamente blando con los niños, y me alegro haberme equivocado.

—¿Cómo había yo de hacer carrera de ese pequeño oso que está ahí medio tumbado si no recurriese á las medidas extraordinarias? Yo castigo de verdad, y por lo mismo tengo que castigar muy pocas veces.

—Es usted un terrorista.

—Soy un profesor. Los dos impulsos más fuertes de nuestra naturaleza son el temor y el amor. Teóricamente, el amor es muy hermoso; pero en la práctica no produce buenos resultados, y eso por la mejor de las razones: que nuestro amor propio es más fuerte que nuestro amor á los demás. En cuanto al temor, ya es otra cosa. El temor da siempre buenos resultados, por la misma razón que el amor no siempre los da. Con el miedo se excita nuestro amor propio y no el amor á los demás.

—Sin embargo, hay muchos que quieren introducir un sistema de enseñanza

sin corrección; éstos sostienen que el sistema actual es degradante.

—Hay muchos insensatos en este mundo, querido doctor.

—Esto me recuerda al padre de este niño. El Sr. Midleton explicó al pedagogo la idiosincrasia del Sr. Franco y las dificultades que hubo de vencer antes de traer á Juanito á la escuela.

—Según lo que usted me dice, no hay tiempo que perder; es preciso domar á ese muchacho antes que sus padres vengan á verle. Le aseguro que dentro de una semana será un muchacho obediente y estudioso.

El doctor se despidió de Juanito, recomendándole fuese bueno.

Juanito no respondió una palabra.

—No haga usted caso, doctor—le dijo el pedagogo—; cuando vuelva á verle ya será más atento.

Con esto el doctor se despidió.

Por más que el Sr. Bonnycastle era severo, no carecía de discreción. Corregía las faltas ordinarias con pequeños castigos, como suprimir las horas de juego, etc.; y pocas veces intervenía en las riñas de los muchachos entre sí, aun cuando no permitía que los más fuertes oprimiesen á los más débiles. La gran exigencia suya era la atención á los estudios. Con esto no transigía.

Pronto se daba cuenta de la capacidad de cada discípulo, y se aprovechaba de ella; pero el muchacho holgazán ó, como él decía, el pájaro que podía cantar y no cantaba, no debía esperar clemencia. Consecuencia de esta conducta era que sacaba los mejores discípulos; y en esta línea de conducta era tan uniforme é invariable, que aquellos que le temían al principio, al final del curso, cuando estaban instruídos, le amaban y continuaban siendo sus amigos por toda la vida.

El Sr. Bonnycastle comprendió en seguida que era inútil tratar con blandura á nuestro héroe, y que únicamente por el temor podría sacar partido de él. Así que, tan luego como el Sr. Midleton salió de la estancia, se dirigió á Juanito con tono autoritario, y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Juan se estremeció; miró al maestro y observó que tenía los ojos fijos en él poniendo una cara un tanto intranquilizadora; y como no era tonto y la corrección que recibió de su padre le había dado cierta idea de lo que podía sucederle en la escuela, quiso contestar, y sin separar el dedo índice que tenía metido entre los dientes, respondió:

—Juanito.

—¿Y el apellido?

Juan, que ya estaba arrepentido de su condescendencia, no respondió al principio; contentándose con mirar nuevamente la cara del Sr. Bonnycastle, y después dirigir otra mirada alrededor del cuarto.

No había allí nadie que pudiese acudir en su auxilio, y como él solo no podía tampoco resistir, contestó:

—Franco.

—¿Sabes por qué te han enviado á la escuela?

—Por haber hecho una quemadura á mi padre.

—No: te han enviado para que aprendas á leer y escribir.

—Yo no quiero leer ni escribir—contestó Juan bajando la cabeza y frunciendo el ceño.

—Sí, sí quieres; y ahora mismo vas á leer las letras.

Juan no respondió. El Sr. Bonnycastle abrió un armario de libros y mostró ante los atónitos ojos de Juan una serie de punteros colocados arriba y abajo como los tacos de billar, y continuó:

—¿Sabes para qué sirven estos punteros? Juan los miró atentamente, y tuvo alguna idea de que al fin llegaría á conocer perfectamente el uso de ellos; pero no respondió.

—Estos sirven para enseñar á los niños á leer y escribir, y ahora voy á enseñarte yo. Pronto aprenderás. Mira aquí—continuó Bonnycastle abriendo un libro impreso con letras grandes y señalando una letra mayúscula á la cabeza de un capítulo, letra que tenía como tres centímetros de altura—. ¿Ves esta letra?

—Sí—contestó Juanito, volviendo los ojos á otro lado y pellizcándose los dedos.

—Bien; esta es la letra B. ¿La ves? Mírala bien para que la conozcas. Esta es la letra B. Ahora dime: ¿qué letra es?

Juan había resuelto resistir y no contestó.

—Si no quieres decírmelo, veremos si te obliga á ello uno de estos compañeros—dijo el Sr. Bonnycastle tomando un puntero del armario—. Observa, Juan, que esta es la letra B. Ahora contéstame inmediatamente: ¿qué letra es ésta?

—Yo no quiero aprender á leer ni escribir—gruñó el muchacho.

Al acabar de decir esto cayó el puntero sobre sus hombros. Juanito comenzó á gritar al sentir el dolor.

Bonnycastle esperó algunos segundos y después dijo:

—Esta es la letra B. Ahora dime: ¿qué letra es ésta?

—Yo se lo diré á mi mamá.

Sonó de nuevo el puntero sobre el cuerpo de Juanito.

—¿Qué letra es ésta?

El muchacho, con la boca abierta y rodándole las lágrimas por las mejillas, rugió con voz colérica:

—¡Aguarde usted hasta que se lo diga á Sara!

Rosa y Azul, Vals por Rafael González

Leento *Vals*

P.

f Fin

P.

DC al Fin



LUCHA Á MUERTE

(Conclusión.)

FRANCISCO sentía con frecuencia el aire de las alas azotándole el rostro, y veía el pico abierto, las nervudas garras y los centelleantes ojos de aquel enemigo terrible que giraba en derredor suyo.



Momento de angustia, de terrible ansiedad fué aquél; por fin descendió hasta la meseta de *Las tres hermanas* y se arrimó de espaldas á las quebraduras de las rocas, temeroso de que le desvaneciera esa irresistible atracción del abismo, porque un desmayo en aquellos instantes era la muerte, sufriendo los horribles dolores de Prometeo.

Entonces dirigió una mirada en derredor suyo; la meseta era ancha; desde el sitio en

donde él se hallaba hasta el borde del abismo había una distancia de cuatro metros. Esta enorme lancha de piedra se hallaba atestada de huesos: los unos blancos, calcinados por el sol y el tiempo; los otros medio cubiertos por pedazos de piel y sanguinolentas piltrafas de carne podrida.

Aquello era la asquerosa despensa de las aves de rapiña, en donde iban acumulando los restos de sus salvajes banquetes.

Indudablemente, para cargar todos aquellos huesos se hubieran necesitado dos carretas. El que no haya visto un nido de águilas no comprende esto.

Francisco buscó con los ojos á su hija; estaba allí, tendida sobre un montón de huesos, en lo más profundo de aquella gruta, junto al asqueroso nido de dos aguiluchos que aún no tenían plumas.

Era indudable que, al dejarla el águila, la enorme cantidad de huesos allí reunidos la había salvado, pues, providencialmente, la pequeña y delicada cabeza de la niña se había quedado en hueco, sin recibir el menor daño.

La niña lloraba, y el padre, al oír aquel lloro, sintió por todo su cuerpo una alegría tan inmensa que, abalanzándose hacia el borde del abismo, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Quiqueta está viva!

En aquel momento el águila cayó como una exhalación sobre Francisco, que apenas tuvo tiempo para retroceder algunos pasos hacia el fondo de la gruta.

La feroz ave de rapiña clavó su acerado pico en el hombro y sus terribles garras en las caderas de aquel hombre audaz, que se atrevía á interrumpir con su presencia la paz de su nido.

La lucha había comenzado: era á muerte; porque el hombre y el águila sabían que era inútil esperar ni compasión ni clemencia de su enemigo.

Francisco no perdió la serenidad, á pesar del agudo dolor que le causaban las heridas abiertas en su carne por las garras y el pico de la feroz rapiña, que trataba al mismo tiempo de aturdirle sacudiéndole terribles aletazos en la cabeza.

Diríase que aquella inmensa ave de rapiña tenía abrazado á su enemigo para devorarle.

Francisco cogió con la mano izquierda por el cuello al águila y la apretó con toda su fuerza; pero el pico de la rapiña continuaba clavado en su hombro y hundiéndose más y más en la carne.

Entonces de un solo golpe le cortó el cuello con la navaja.

El águila sufrió un estremecimiento espantoso; el estertor de sus potentes alas fué tan terrible, que hizo volar multitud de huesos por el aire. Aquella terrible agonía, aquellos estremecimientos titánicos de la muerte, obligaron á Francisco á echarse de bruces en el suelo, temeroso de que el águila le arrastrara al abismo.

Poco á poco fué debilitándose la fuerza de la feroz ladrona de los aires; pero en cada estremecimiento hacía sufrir nuevos dolores á Francisco y ahondaba un poco más sus garras en la carne.

Por fin el águila se quedó inmóvil con las alas abiertas; había muerto, pero el pico y las garras continuaban clavados en el cuerpo del hombre, como si no quisiera soltar su presa ni aun después de muerta. Á Francisco le costó gran trabajo y crueles dolores desclavar, por decirlo así, las garras y el pico de su carne.

Cuando lo consiguió, cogió al águila por una ala y la arrojó al abismo.

Una sonrisa de feroz satisfacción se dibujó en sus labios; sentía el orgullo del vencedor, después de una lucha homérica.

Como si su venganza no quedara satisfecha con la muerte del águila, arrojó al valle los dos aguiluchos que estaban en su nido.

Mientras tanto, la niña no cesaba de llorar; Francisco la cogió, la dió un beso y se la colocó luego sobre el pecho, atándola cuidadosamente con su faja.

—¡Pobre hija de mi alma! Con tal de que yo no te mate... Pero no, no; Dios y la Virgen no hacen milagros á medias—y levantando la voz, añadió:—¡Jaime!... ¡Vicente!... Sujetad la cuerda, que voy á subir.

Francisco cogió con las dos manos y tiró hacia sí con fuerza. La cuerda resistió: entonces comenzó á trepar con los pies apoyados en la piedra y la espalda encorvada hacia el abismo, procurando evitar que la niña recibiera ningún golpe.

De su cuerpo goteaba la sangre, de su frente el sudor; pero Francisco no hacía caso. Si aquella cuerda se hubiera roto, si una mano hubiera flojeado, su lecho de muerte y el de su hija habría sido el abismo de dos-



cientos metros de profundidad que se abría debajo de ellos.

Llegó á la cumbre de las rocas haciendo esfuerzos gigantescos. Una vez allí, respiró de un modo ruidoso, y cogiendo la cuerda que colgaba de la higuera se deslizó rápidamente hasta donde estaban esperándole sus dos cuñados.

—¡Viva!...—preguntaron Jaime y Vicente á la vez.

—Sí, viva—contestó Francisco.

Y sin otras explicaciones, comenzó á correr monte abajo en dirección al pueblo, llevando á su hija en los brazos.

Jaime y Vicente recogieron las cuerdas y la escopeta y le siguieron también.

El pueblo en masa salió al encuentro de los tres expedicionarios: aquel terrible y prepotente grito de Francisco «¡*Quiqueta* está viva!...» lo habían oído todos, y obedeciendo á un mismo impulso comenzaron á correr hacia el monte, gritando:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

La madre iba delante, pálida, trémula, con la respiración fatigosa; pero corría con la velocidad de una madre á quien le enseñan desde lejos á un hijo vivo que ella cree ya muerto.

Cuando los dos esposos se encontraron, cuando Francisco le presentó á su hija, la madre cayó de rodillas y besó los pies á su marido. Mientras tanto, todos los que les rodeaban repetían con fervor religioso:

—¡Milagro!... ¡Milagro!...

Sí; decían bien aquellos sencillos y honrados campesinos, ¡milagro! Porque muchos acontecimientos inverosímiles de la vida real no se explican de otro modo. Los incrédulos podrán darles el nombre de casualidad; pero la fe les llama Providencia.

Aquella niña, salvada milagrosamente, es hoy una mujer; ya nadie la llama *Quiqueta*; se la conoce con el apodo de *el Águila*, apodo que llevarán sus hijos y sus nietos hasta que se extinga su generación.

Cuando un viajero visita al pueblo, le enseñan á *Quiqueta* y le cuentan la historia de su ascensión á *Las tres hermanas*, terminando con estas palabras:

—Desde ese corral se la llevó el águila á aquellas rocas; fué un milagro que hizo nuestra piadosa Virgen, compadecida de una pobre madre.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

UNA NOCHE EN LOS DESIERTOS DEL NUEVO MUNDO

UNA hora después de la puesta del sol la luna apareció entre los árboles. Del horizonte opuesto, una brisa embalsamadora que venía del Oriente parecía precederle como fresco aliento de las selvas. La reina de la noche se elevó poco á poco en el cielo, ora siguiendo su azulado curso, ora reposando sobre grupos de nubes que semejabán á la cima de altas montañas coronadas de nieve. Estas nubes, plegando y desplegando sus alas, se dilataban en diáfanas zonas de raso y se dispersaban en ligeros copos de espuma, formando en el cielo bancos de deslumbrante blancura, tan sensible á los ojos, que parecían resentirse.

La escena sobre la tierra no era menos maravillosa; la claridad de la luna azul afelpada aparecía en los huecos de los árboles y llenando de gérmenes de luz hasta las más profundas cavidades. El río que á mis pies corría, ya ocultándose, ya reapareciendo, reflejaba en sus argentinas é inquietas aguas las constelaciones de la noche.

En una vasta pradéra del otro lado de esta

ribera, la claridad de la luna reposaba sin movimiento sobre los céspedes. Los abedules, agitados por el viento y dispersos aquí y allá en la llanura, formaban islas de sombras flotantes sobre un mar inmóvil de luz. A lo lejos todo era silencio, reposo, fuera del volar de algunas hojas, el brusco paso de un viento súbito, los raros gemidos del viento; todo era silencio, soledad; pero se oía el sordo mugir de la catarata del Niágara, que en la soledad de la noche se extendía de desierto en desierto expirando á través de las solitarias selvas.

La grandeza y sublimidad de este cuadro no puede explicarse en humanas lenguas; las más bellas noches de Europa no pueden darnos una idea. En vano en nuestros campos cultivados la imaginación busca por donde extenderse; por todas partes las habitaciones de los hombres; pero en un país desierto el alma se sumerge en un océano de selvas, complaciéndose en errar sobre bordes de inmensos lagos, mecerse sobre las cimas de las cataratas y, por decirlo así, encontrarse sola ante Dios.

Traducido del francés por C. I. DUARTE.

UN AMIGO BROMISTA (Historieta muda por Javier Gómez.)





QUEVEDO

Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid el año 1580. Hijo de una familia noble, creó una escuela que antes de él y con varia fortuna se inició en nuestra historia; pero él acabó por darle forma real, debiendo considerársele como el padre del «conceptismo».

Mientras Góngora inventó su estilo en la palabra, Quevedo le dió vida en las ideas, y en tanto que el primero marchaba como mariposa atraída por la luz tras los cambiantes de un fuego artificioso de palabras centellantes y refulgencias fantásticas, el segundo, acaso no queriendo decir su pensamiento con toda claridad en los tiempos en que floreciera, empleaba conceptos poco claros que el vulgo y la gente poco instruída no podían comprender.

Quevedo es una de las figuras de nuestra

literatura que bien puede ponerse al lado de Cervantes y Calderón, sin miedo á perder en la compañía, y es quizás el más grande de nuestros pensadores vestido con el ropaje alegre de la broma y la insustancialidad.

Diestro como en las lides del pensamiento en las de las armas, tuvo que fugarse á Sicilia por causa de un desafío, en que defendió á una dama desconocida.

Encargado de misiones importantes, fué recompensado con el hábito de Santiago y una pensión.

Trece gruesos volúmenes forman la obra total de Quevedo; en ellos hay composiciones tan sublimes, poemas tan grandiosos, poesías tan hermosas, que han pasado como modelo imperecedero á través de todos los siglos y de todas las generaciones.

Murió Quevedo en 1645, á los sesenta y cinco años de existencia, y cumplió la misión más alta, más elevada de todo ciudadano: engrandeció la literatura patria y la dió renombre.

Se atribuyen á Quevedo muchas de las chocarrerías y procacidades de que está plagada la *literatura* (¡así la llaman!) obscena; cosa que sólo pueden tomar en serio las personas indoctas; pues el gran satírico fué un humorista culto, no un *escritor* (¡también podemos llamar así á los que *escriben* esas pornografías!) desvergonzado.

P. A. M.

ADVERTENCIA.—Rogamos á las personas que nos remiten boletines de suscripción no envíen el importe de éstos en sellos, pues tenemos tantos, que en dos años no los veríamos consumidos, y en los estancos, aun perdiendo un 5 por 100, no quieren tomarlos. La mejor forma para remesar los fondos es por medio de las libranzas de Prensa, que se hallan de venta en todos los estancos; y no es preciso certificar la carta.

CARTAS ABIERTAS ⁽¹⁾

Sr. D. Estanislao Maestre.

Muy señor mío: En el número 27 de ROSA y AZUL veo una charada firmada por F. García, no siendo éste su autor, sino que F. García la ha copiado de un Calendario.

De usted afectísimo seguro servidor, que besa su mano,

ENRIQUE MARTÍNEZ.



Sr. D. Estanislao Maestre.

Muy señor mío: En el número 11 de ROSA y AZUL he visto un cuento titulado «La curiosidad», y firmado por María Cano Izquierdo, no siendo ésta su autora, sino Carlos Perrault.

El cuento original se encuentra en la página 53 del libro titulado *Cuentos de hadas*, por Carlos Perrault (2).

De usted afectísimo seguro servidor, que besa su mano,

GIL FARRÁN.

(1) Ahí tenéis una sección nueva que ha surgido espontáneamente y que no deja de ser útil. Con que á investigar, que la investigación es un buen estudio.

(2) Su observación no está mal hecha; pero tenga presente que dice: «Remitido por María Cano Izquierdo», lo cual no es igual.

MUCHAS GRACIAS. — Se las damos á nuestros lectores y á la Prensa en general, por los elogios innmerecidos que nos han dedicado al empezar la publicación de las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

Esto no ha de servir para envanecernos, sino para alentarnos más en nuestros propósitos de servir al público como se merece.



Federico Olmedo.—Madrid.—Dice usted que es original lo que me envía, y como lo creo á todas luces, ahí va para que vea usted la diferencia que existe entre esto y lo otro:

«LOS CRISTALES ROTOS

Tenía un alcalde un burro;
con él salió una tarde;
de la Casa Ayuntamiento
hizo cachos los cristales.
Y un edil gritó:—¡Los vidrios
será nosotros quien los pague,
á pesar de haberlos roto
el borrico del alcalde!»

La chirigota es antiquísima.

Esperanza Lara.—Ronda.—La complaceré.

Federico del Río.—Málaga.—Aprovecharé algunos.

E. García.—Valladolid.—Repita los pasatiempos y envíe las soluciones, que no ha puestó con la prisá. Las soluciones á los del número 25 las ha acertado.

Florita Pérez y Cia.—Madrid.—Muy bien la solución.

Javier Buzón.—Idem.—Admitida la fuga.

M. M. Rueda.—Idem.—Entran en turno los pasatiempos.

Vicente Mas.—Soller.—No imite usted al que me indica si quiere evitarse un revolcón. Los dibujos han de ser originales de otro y en tamaño 9 por 12. Gracias por el envío. Lo otro en turno.

Manuel Caldeiro.—Madrid.—Póngase la mano sobre el corazón y júreme que ese cuento «le ha salido de su cabeza», y entonces hablaremos.

LISTA DE SUSCRIPTORES

(Continuación.)

Victorio Marzol.—José Martínez y González.—Enrique Díaz y García.—Margarita Solano.—María del Castillo y G. de Liaño.—José Corral.—José Esteban Linazasoro.—Carmita Alonso.—Rafael Molina.

(Se continuará.)



PREGUNTAS por C. de Galisteo.

¿Por qué les ponen el freno á los caballos?
¿Adónde le puso Dios las manos al hombre?

JEROGLÍFICO por J. L. Amor.

: Sarampión T

COPA NUMÉRICA por Enrique Ibáñez.

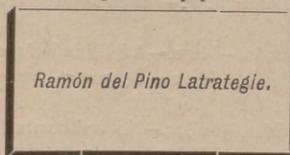
- 1 2 3 4 5 6 7 8 Figura geométrica.
- 4 6 2 3 4 5 Mueble.
- 7 8 7 2 Parte de la mano.
- 7 8 Consonante.
- 7 5 Nota musical.
- 1 8 6 1 Verbo.
- 1 2 3 8 1 5 Planta.

CHARADAS RÁPIDAS por Vicente Mas.

1.^a, mineral; 2.^a, preposición; 3.^a, licor
y el *todo* apellido de un célebre escritor.

1.^a, letra; 2.^a, nota; 3.^a, vocal; 4.^a, negación.
y el *todo* nombre de varón.

TARJETA por Pompeyo Lozano.

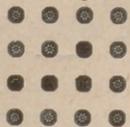


Combinad las letras y hallaréis el título de una zarzuela.

JEROGLÍFICO por Manuel Caldeiro.

V t I a S

CUADRADO por A. G.

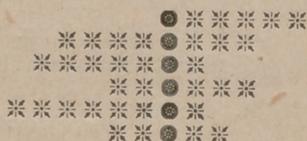


Sustituid los puntos por letras de modo que se lea horizontal y verticalmente: 1.º, necesaria para construir; 2.º, verbo; 3.º, habitación, y 4.º, operación agrícola.

CHARADA por R. Almonacid.

Preguntele al *prima dos*
por su criada *tres cuatro*,
y al punto me contestó:
no le hables, picaronazo,
porque la tienes muy *todo*
desde que hablas con la Patro.

COMBINACIÓN por M. Hernández.



Combinense los puntos y estrellas de manera que horizontalmente se lea el título de varias provincias, y verticalmente el de una capital muy conocida.

SOLUCIONES

A la charada por J. L. Amor: CANTARIDA.
Al rombo por Vicente Mas:

A
A L A
A L A V A
A V E
A

Al jeroglífico por José López: MASTICADO.
A la tarjeta por Rafael Fernández González:
FRANCISCO PIZARRO.

A la sustitución por C. de Souza:

R O S A R I O
R O S A
C A S I L D A
M A R I A
Y S A B E L
M A N U E L A
L U Z
L U C I A
L O L A

Al jeroglífico por L. Ordoño: CORTESANO.
A la combinación por J. Lletget:

M A Z Z A N T I N I
L A G A R T I J O
F U E N T E S
C U C H A R E S
Q U I N I T O
B O M B A

Al jeroglífico por Antonio Ordoño: CANARIO.

NUESTRAS REFORMAS

Desde el número 27 ROSA Y AZUL consta de 24 páginas, y es la que da más lectura y la más barata de cuantas se publican.

Las cuatro páginas que le aumentamos, de papel rosa, impreso con tinta azul, están destinadas á la publicación de las interesantes

Aventuras de un pequeño filósofo

ESCRITAS POR EL CAPITAN MARRYAT

cuya traducción del inglés se ha hecho expresamente y con todo esmero para esta Revista.

A pesar del aumento de gastos que esto supone, ROSA Y AZUL continuará vendiéndose á 15 céntimos.

De este modo correspondemos al creciente favor que el público nos dispensa.

PERCHAS "Navas y Comp.^a"

(Con patente)



Recomendables
para los Colegios
y particulares 

    No rompen ni ensucian la ropa

— Son las más baratas     

  Pidanse precios á los señores NAVAS Y COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

— 50 céntimos. —

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á 15 céntimos.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

Precios módicos.—Horas: de 9 á 12 de la mañana.—Diríjanse á Malasaña, 28, primero de recha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA
EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º »	0,50 »
Pepe 3.º »	0,75 »
Pepe 4.º »	1,00 »

MÉTODO CÍCLICO

EL MISMO DE LA
ESCUELA MODELO DE MADRID
 de tan brillantes resultados
 y proclamado por los señores Maestros.
 Asignaturas primer grado.

	Ptas.
Doctrina Cristiana y Nociones de Historia Sa- grada.....	0,15
Lengua castellana.....	0,15
Aritmética.....	0,15
Geografía é Historia.....	0,15
Edificios de Derecho.....	0,15
Nociones de Geometría.....	0,15
Idem de Ciencias Físicas, Químicas y Naturales.....	0,15
Idem de Higiene y Fisiología Humana.....	0,15
Agricultura.....	0,15
Industria y Comercio.....	0,15

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA
 ALIMENTO ESPECIAL
 PARA
NIÑOS
 Ancianos y convalecientes

Talleres de fotograbado

DE LOS
SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.
 Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.
 Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).
 Madrid: Sacramento, 2 farmacia.

LIBRERIA

DE
AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO
 Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26

Trajes drill, desde... 2 ptas.
 Lana y vicuña..... 5 »
 Gergas y estambres.. 10 »
 Piqué superiores... 8 »
 Alpacas elegantes... 15 »



Cuellos novedad, chalmas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thicol-clinamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor,
Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid